



DIRECTORA: ANGELA GRASSI.

Núm. 43. | Sale el 2, 10, 18 y 26 de cada mes. | 18 Noviembre 1874. | Se publica en diez distintos idiomas. | Año XXIV.

SUMARIO.

Revista de Modas, por Joaquina Balmaseda.—Elegantes trajes de invierno para señoras y niños.—Traje para jovencita.—Vestidos con túnica y chaqueta para niña.—Vestido completo para niño.—Vestido con delantal y coraza para señora.—Traje de terciopelo con túnica cerrada.—Dolman *Marensko*, bordado de azabaches.—Vestido para niña.—Paletot ceñido para señora.—Túnica-delantal y esclavina.—Vestido con chaqueta larga por delante.—Traje *Duquesa*.—Vestido y abrigo para niña.—Fichú de encaje.—Camisolín con gola y chorrera.—Dos batas *Wateau*.—Chaqueta coraza bordada con azabaches.—Manteleta de nove-

dad adornada con pluma.—Bolsa de capricho para la labor.—LITERATURA: Cartas privadas, por Teodoro Guerrero.—Si oyeran los muertos, poesía, por José Jackson.—Meditación, poesía, por Enrique Príncipe.—La huérfana, poesía, por Nicolás Díaz y Pérez.—Santa Teresa de Jesús, por María del Pilar Sinués de Marco.—Pobre madre, balada, por José Lamarque de Novoa.—El capital de la virtud, por Ángela Grassi.—Charada.—Logogrifo.—Economía doméstica.—Explicación del figurín.

REVISTA DE MODAS.

Con solo pasar la vista por los grabados del presente número de *EL CORREO*, podríais haceros vosotras mismas la Revista, lectoras mías, porque en él van agrupadas con artística mano todas las muchas novedades de actualidad: la túnica cerrada, magestuosa en su severidad; la túnica-delantal y coraza, graciosa creación de este año; la túnica con los delanteros solo prolongados que se unen con un lazo á sostener el pouf del vestido; hasta el dolman ricamente bordado, y que la Moda muestra cierto empeño en sostener, van presentados en la gran lámina que ocupa el centro de nuestro periódico: es como si dijéramos la aplicación de los detalles que os vengo dando hace algunos números, la aclaración ó complemento de mis Revistas respecto á hechuras y adornos. Voy sobre ellas á daros unos ligeros detalles que las harán aun más útiles y fáciles de ejecutar. La gran túnica de abrigo, larga y cerrada como la presenta la figura número 6, puede hacerse en paño de damas, en cachemir, en terciopelo, y en franela de cuadros, poniéndole solo en este caso un ribete y las vueltas de cuello y mangas de terciopelo inglés. La túnica-delantal con la coraza, que puede asimismo completarse con una esclavina (fig. 10), es atavío más precioso, sobre todo á cuerpo sin la esclavina, y se hace generalmente en cachemir negro ó color de ciruela pasa, bordado, ó más bien cuajado de azabache: también es admisible esta forma para traje de menos pretension en paño con trencillas bordadas de azabache alrededor y un fleco de seda y azabache ó un fleco y una piel á la pegadura. La túnica, larga por delante, con los delanteros cuadrados, y que por detras une un lazo debajo del pouf del vestido, se hará fijamente en cachemir bordada de azabache ó en faya guarnecida de pluma. El dolman se borda ricamente en paño con trencilla, y se guarnece con piel, pluma ó encaje de lana.

Las faldas de terciopelo inglés son las más propias con estas túnicas de abrigo, y se hacen lisas, con poco vuelo, y las más adornadas con un volante ancho apenas fruncido, con su cabeza. Los vestidos de vigoña, de paño de Thibet y de Limousin, todas lanas muy dobles, hacen también bellos vestidos de invierno adornados con terciopelo de su color y una chaqueta ó coraza que corres-



1. Traje para niño.

2. Traje para jovencita.

3. Traje con chaqueta para niña. (Patron de la chaqueta: pliego por el revés, núm. XII, figs. 50 á 54).

4. Traje con túnica para niña. (Patron: pliego por el revés, núm. XI, figuras 46 á 49a).

pondrá á los adornos; los volantes á la inglesa se llevan siempre para la primera edad y en telas más ligeras como el satén, diagonal y Biarritz: en las telas más fuertes se colocan en redondo volantes apenas fruncidos y orillados con piel ó terciopelo: en las telas ricas de faya y paño de Lion, se coloca á la pegadura de los volantes pluma ó entredós de guipure y pasamanería bordada.

Hé hablado incidentalmente de pieles, y es llegado el

momento de señalaros las que prefiere la Moda por este año, entre las infinitas conocidas y más ó menos estimadas. Figura en primera línea el *Renard argente* (zorro plateado), piel jaspeada de un reflejo plateado y de pelo tan largo y suave que la hace digna del alto precio á que se paga; de esta piel han venido manguitos y guarniciones para trajes y abrigos al acreditado comercio del *Oso blanco*, en la calle Mayor, siempre el primero en su género. Sigue á esta suntuosa piel el *Skoung*, piel parda, de pelo largo y brillante, que será muy distinguida para manguitos y guarniciones de abrigos. Las *Siberiene argente* y *mono negro* y gris son pieles de menos importancia, pero que se generalizarán más, porque reúnen á la novedad el poco coste, así como las imitaciones de las dos anteriores; pero la señora cuya fortuna la permita gastar pieles de primera calidad, no debe nunca buscarlas imitadas, porque las pieles, como las piedras y los encajes, llevan el valor en sí mismas. Las señoras que tengan guarniciones de petit gris, pueden muy bien usarlas, porque esta piel, así como la Marta, se sostiene siempre, y he visto en el comercio citado algunos abrigos de cachemir con la guarnición de petit gris, y todos forrados de barrigas de este mismo preciado animalito, que eran un modelo de elegancia y buen gusto. Los manguitos de este año son pequeños y enriquecidos con grandes borlas del color de la piel.

Habiéndome ocupado de abrigos y de pieles, justo es completar el cuadro con los sombreros de invierno, complemento indispensable de los trajes de esta estación rigurosa: en cualquiera de las otras estaciones, una señora puede ser elegante sin sombrero; en el invierno sería un delito de lesa buen gusto, y lo mismo para la visita y el paseo, que para el teatro, el sombrero es un complemento indispensable. Respecto á formas, este número os ofrece todas las que han venido; pero entre ellas yo os señalaré las más aceptables. El que presenta la figura núm. 7, llamada *guardia civil*, porque tiene en efecto el ala vuelta como los sombreros que usa el benemérito cuerpo, es uno de los llamados á obtener más favor, mucho más si se aumentan bridas que le acompañan. Elisa Grenet hace esta forma en castor y en faya de dos tonos; y el *Mignon*, que es el que presentan las figuras 10 y 12, le hace en terciopelo bordado y adornado de

azabache con un grupo de flores Pompadour, esto es, tres capullos, uno de cada color, entre follaje quemado. Elisa tiene el privilegio de hacer bonitos hasta los sombreros de forma menos simpática, y á ello contribuyen los bellos adornos que recibe. Allí he podido admirar un sombrero negro con pluma de dos tonos, en azul pavo ó mineral, que era un modelo de buen gusto: he visto otro marron y rosa que me ha hecho reconciliar con estos dos colores que creía imposibles de juntar, y en negros bordados los tiene en modesto tul, que sirven para con todos los trajes, y son un verdadero juguete no menos elegante y gracioso que aquellos para los que pone en contribucion la faya, el terciopelo y la pluma. La costumbre de que el sombrero corresponda al vestido es siempre de muy buen gusto, aunque es moda algo costosa, pero que dará siempre idea de la distincion de quien la use: no obstante, como son pocas las señoras que pueden costear sombreros iguales á sus vestidos, á las demás les aconsejo desde luego el negro de castor, tul ó terciopelo, que conviene á todos los trajes, todas las edades y todas las fortunas.

Los peinados para los sombreros son indispensables bajos, y en este nuevo gusto tienen ya recibidos modelos nuestras lectoras, ofreciéndoles tambien este mismo número, en sus grabados 11 y 12, uno con castaña larga y otro con tirabuzones. Estos mismos peinados, enriquecidos con broches de azabache y con flores, serán los peinados de salon, y de ellos me ocuparé al describiros trajes para los salones, que dejo para mi próxima Revista, por no serme posible disponer hoy de mayor espacio.

JOAQUINA BALMASEDA.

EXPLICACION DE LOS GRABADOS.

1 A 5. TRAJES DE JOVENCITA Y NIÑOS.

1. *Traje para niño de 3 á 8 años.*—El pantaloncito corto y la blusa ajustada con cinturon compondrán siempre el traje mejor para niño pequeño, por su comodidad y soltura.

Se le hace generalmente de paño liso ó chiné, ó bien de terciopelo. El patron se hallará en pliegos anteriores.

2. *Traje para jovencita.*—La túnica es de tela limousin á grandes cuadros, y su adorno consiste en ancho biés de terciopelo negro ó de reps con botones de nácar oscuro, el mismo biés forma patas en las mangas y sostiene el drapeado de la túnica, cuyo borde inferior va rodeado con seis órdenes de pespuntos hechos á la máquina. La falda que acompaña á esta túnica puede ser de tartan liso azul, verde ó violeta, ó bien de terciopelo inglés.

3. *Traje para niña de 2 á 6 años.*—(Patron: pliego por el revés, núm. XII, figs. 50 á 54).—Vestido de poplin á cuadros enteramente cortado al biés. La falda lleva dos volantes estrechos cabecados con un biés; la chaqueta, cuyo patron da el pliego en las figs. 50 á 54, lleva por adorno un biés viveado y un volantito fruncido. Fichús de muselina y encaje y anudado atras.

4. *Traje para niña de 6 á 10 años.*—(Patron: pliego por el revés, núm. XI, figs. 46 á 49).—Vestido de poplin, guarnecidas, tanto la falda como la túnica, de bieses de tono más oscuro ó de ancho galon de lana. Puede hacerse el mismo traje de falda lisa ó de terciopelo inglés y túnica de tartan á grandes cuadros.

5 A 13. TRAJES DE INVIERNO PARA SEÑORAS Y NIÑOS.

5. *Vestido con túnica delantal y cuerpo de coraza.*—(Patron, en pliegos anteriores).

Este elegante, traje de hermosa faya negra, se asemeja en su hechura al vestido con triple túnica que hemos dado en números anteriores y que tanto ha gustado á nuestras suscriptoras. El bajo de la falda, deja ver un plegado de muselina blanca, sobresaliendo algun tanto del pequeño volante plegado de la tela que lo guarnece. El mismo adorno se repite sobre la túnica inferior que realza el delantero, mientras la túnica superior va adornada con rica pasamanería perlada, dispuesta á rayas y orillada con fleco tambien perlado. La manga lleva el mismo adorno. Completa el traje cuerpo-coraza de terciopelo, sobre el cual la pasamanería figura escote cuadrado. Sombrero de terciopelo guarnecido con flores, lazos y un pájaro.

6. *Vestido con túnica cerrada.*—Este severo traje se compone de falda de terciopelo negro, con ancho volante de cabeza fruncida y túnica igual forrada de tafetan ligero.

Ricos botones de pasamanería cierran un poco de costado la túnica, que es muy larga y recogida únicamente por atras. Sombrero de terciopelo negro, guarnecido con cinta de reps, pluma y velo, completa este hermoso traje.

7. *Traje con dolman Marensko.*—Vestido de faya negra, guarnecido con ancho volante plegado y túnica con pouf abierta por delante.

Elegante dolman Marensko, de cachemir negro, completamente bordado de azabache y guarnecido de encaje. Sombrero de terciopelo adornado con pluma, flores y velo, cuyas puntas forman las bridas anudadas debajo de la barba.

8. *Vestido con túnica para niña.*—(Patron: véase el número 4).

La falda del de este lindo modelo es de lana asargada de dos tonos, y está adornada con un volante al biés y un bullonado con cabeza fruncida. Esta va ribeteada en su extremo superior del tono oscuro, mientras el volante lleva por abajo un biés, tambien oscuro, de dos cents. de ancho.

La túnica ostenta igual adorno, y solo se distingue del modelo (grab. 4) en que la aldeta de atras sale de un mismo pedazo que el cuerpo (véase el grab.) y que cierra con una doble carrera de botones. Completan el adorno lazos en los costados y en las mangas, y bolsillitos sobrepuestos y pegados á pespunte. Sombrero de fieltro guarnecido de cinta y una rama de follaje.

9. *Vestido con paletot ceñido.*—Vestido de reps de lana adornado con cachemir á cuadros, ó bien con cachemir blanco, formados los cuadros con pespuntos á la máquina. Paletot ajustado al talle, con aldeta plegada atras, cuello de terciopelo negro y solapas y vueltas de mangas, en los que se reproduce el adorno de la falda. Sombrero de fieltro negro, forrada el ala de terciopelo y adornado con un foulard á cuadros, sostenido en el costado con ala de pájaro y largo velo.

10. *Vestido con túnica, delantal y esclavina.*—Este elegante modelo es de cachemir verde musgo pálido, guarnecido con plegados de la tela y tiras de reps de tono más oscuro. La túnica y la esclavina son de paño vigoña del mismo color que la falda, adornadas ámbas con la tira de reps y fleco de lana. El cuello alto, el lazo que forma corbata, y las anchas echarpes que constituyen el adorno de atras, son tambien de reps. Sombrero de alas levantadas guarnecido con cintas, plumas y largo velo de tul y encaje.

11. *Vestido con chaqueta larga por delante.*—La chaqueta se corta en forma de manteleta-túnica por delante, mientras por detras termina con aldeta corta y abierta, completándose en el centro con una parte de tela plegada. Esta última es de terciopelo, lo mismo que las mangas y el resto del adorno, tanto para la túnica como para la falda.

12. *Vestido con pouf y túnica larga por delante.*—(Patron de la chaqueta: pliego por el revés, núm. IX, figuras 38 á 42 a).

Este patron puede servir igualmente para el modelo anterior. Ambos deben hacerse de dos tonos de un mismo color en lana ó seda, ó lo que es más nuevo, de lana con adornos de tafetan. Se emplea tambien el tafetan para forrar las puntas de la chaqueta por delante y las anchas echarpes de la tela que sostienen graciosamente el pouf.

La falda tiene por atras seis volantes de 16 cents. de altura cada uno, y en el delantero un volante de 25 centímetros de altura y encima 4 bieses de la tela, viveados de tafetan, cada uno de 9 cents. de ancho. Estos bieses se reunen en punta en el centro del delantero, bajo un gran lazo de la tela, forrado de tafetan como las echarpes. Una tira de tafetan formando ondas separa el adorno de atras del de delante. El todo se completa en el delantero con una túnica corta, redonda y adornada con un biés de tafetan como los volantes de la falda.

13. *Traje para niña.*—Vestido de poplin de lana, guarnecido en el bajo con un volante fruncido varias veces en su parte superior. Chaqueta de punto de aguja, hecha con lana inglesa, blanca ó de color, y realizada con pasamanería. El pliego de patrones por el derecho, en el número IV, figs. 16 á 18, da el patron de la chaqueta, sobre el que se irá ajustando la labor.

14. FICHÚ DE ENCAJE.

Este precioso fichú de encaje negro perlado es propio para lucirse en el teatro sobre traje de seda de color claro. En el pliego por el derecho, núm. VII, figs. 22 se hallará el patron trazado con suma exactitud.

15. CAMISOLIN CON GOLA.

(Patron: pliego por el derecho, núm. VI, figs. 20 y 21). Como se ve, su ejecucion es sencillísima y no necesita explicacion.

16 y 17. BATA CON POUF Y TABLA WATEAU.

El núm. 17 la presenta de rico cachemir con tira bordada en el bajo, vueltas de las mangas, bolsillos y cuello

orillado por ámbos lados con un plegado de muselina. La ciñe al talle un cinturon y la cierran de arriba abajo botones de tamaño regular.

El núm. 17 la presenta de tela rayada con volante encañonado en el bajo. El mismo volante estrecho figura cuello cuadrado en la espalda y adorna los bolsillos y las vueltas de las mangas.

18. BOLSA PARA LA LABOR.

El lindo adorno de la parte inferior de la bolsa, hecha de raso, seda ó terciopelo, es de cañamazo plata bordado con felpilla de colores en cuadros alternados: en el primero forma una cruz ó estrella bordada con puntos largos, y en el segundo rayas formadas tambien por puntos largos de varios tonos. Completan su adorno borlas de seda rizada.

19. CHAQUETA SIN MANGAS (CORAZA).

(Patron: pliego por el derecho, núm. II, figs. 8 á 10).

El modelo es de terciopelo completamente bordado de azabaches y guarnecido con puntillas negras. Por detras la aldeta es fruncida y cae graciosamente sobre el pouf del vestido.

Un lazo de reps de largas caidas la cierra por delante

20. MANTELETA CON ADORNOS DE PLUMA.

(Patron: pliego por el revés, núm. X, figs. 43 á 45 a).

Nada más nuevo y distinguido que esta manteleta, terminada con un volante plegado y guarnecida todo alrededor con pluma rizada. El mismo adorno figura cuello-capucha, y grandes lazos de cinta de reps en la espalda y el hombro la prestan suma elegancia y riqueza.

Recomendamos este modelo por su novedad á nuestras amables suscriptoras.

JOAQUINA BALMASEDA.



Con sumo placer insertamos la notable carta que el popular escritor D. Teodoro Guerrero, paladin del bello sexo y entusiasta defensor del matrimonio, dirige al director del acreditado periódico *El magisterio español*, pues es digna por todos conceptos de figurar en un semanario dedicado á las señoras.

CARTAS PRIVADAS.

Sr. D. Emilio Ruiz de Salazar.

Mi buen amigo: Cuatro horas hace que estoy deseando escribir á V. para buscar en la comunicacion de los afectos la tranquilidad de mi espíritu, y no he satisfecho materialmente mi deseo por no haber podido disponer de las manos para trasladar al papel mis pensamientos. Se sorprende V. de lo que parece una disculpa ridícula? Pues voy á dar explicacion que encontrará V. cumplida; de las cuatro horas, dos han estado mis manos sujetando las sienes como si quisieran detener mi razon que pretendia escaparse, y cuando pude dominar la impresion, mis manos se corrieron á cubrir los ojos, que estaban escalados, y no por las lágrimas, sino por la vergüenza. Grave ha debido ser la crisis que atravesé para producir tan notable trastorno, y quiero que juzgue V. por sí mismo con su sano criterio y con su excelente corazon; el correo interior, ese chismosillo de vecindad, que no sirve más que para proporcionar disgustos con las papeletas de entierro, que nos sorprenden á la hora de comer anunciándonos que en el mundo hay un cadáver más, me trajo esta mañana una carta que á la legua trascendia á mujer por su perfume almizceloso. ¿Qué hay de comun entre una carta femenina y un periódico que consagra sus tareas al profesorado? va V. á preguntarme. Ay, amigo mio! Todo en la vida está relacionado, porque hay un engaste precioso que une las voluntades y los pensamientos: ¡el alma! Dije que la carta era de una mujer, y me equivoqué: la carta era de una madre; y como comentarla seria robar á V. el efecto de su sorpresa y el primer arranque de su indignacion, se la remito para que juzgue de la verdad del espanto que se apoderó de mí.

Hé aquí la carta:

«Dispénsame V., amigo mio, que me permita distraer su ocupada atencion; pero creo que voy á volverme loca, y necesito del poderoso auxilio de un hombre de ley, de un hombre honrado, para que me de un consejo; en este momento no se discurrir; no se más que temblar. Un



Pl. 227.

1143

EL CORREO DE LA MODA
Periódico ilustrado para las Señoras

Plaza de Prim II, 3.

Ayuntamiento de Madrid

año hace que mi hijo Alberto, de once años, ingresó en el colegio de.... y ayer, aniversario de su abuelo, le llamé á rezar por el alma del difunto; el niño marcó en sus labios una sonrisa intencionada que me heló la sangre en las venas; con un sobresalto instintivo le ordené que rezara el Credo, y me contestó: — «Se me ha olvidado; en mi colegio no enseñan la doctrina. ¿Para qué sirve eso?» — La explosion de mi alma se marcó en mis ojos, y el niño echó á correr, huyendo de su madre.

«Quedéme un instante sobrecogida, pero recobrando las fuerzas, entré en el despacho de mi marido; éste, en vez de levantarse airado, con la misma sonrisa de Alberto, me dijo: — «Tranquilízate, y no des importancia á esa pequeñez. El siglo no permite imposiciones; cuando nuestro hijo llegue á la edad de la razon, escogerá la religion que le parezca mejor.» — Ah! todo mi sér se paralizó, y salí del despacho con la muerte en el corazon. Mi marido es el jefe de la familia, y no puedo oponerme á sus órdenes; pero he nacido católica, ese niño es mi hijo, y no quiero ver de nuevo en sus labios esa sonrisa de desden que le cierra las puertas del cielo. ¿Qué cuentas voy á dar á Dios de la pérdida de ese hijo de mis entrañas? ¿Qué debo hacer? Envíeme V. un consejo, porque, lo repito, voy á volverme loca, y pido á ese Dios tan bueno que ó ilumine á mi marido ó prive de la existencia á una pobre madre que no tiene fuerzas ni derecho para luchar.»

¿Qué habia de contestar á esa carta tan noble? Dejé correr la pluma, y escribí solo las siguientes líneas:

«La carta de V., amiga mia, aunque presenta una cuestion sencillísima, me ha robado algunas horas; hay cuestiones que están ya resueltas y sobre las que no cabe discusion; obre V. con arreglo á su conciencia, que la conciencia de una madre, apoyada por el impulso del corazon, nunca se equivoca; yo no puedo aconsejar á V. ni como hombre de ley, ni como hombre de sociedad, porque el hogar doméstico es sagrado; pero en este particular, el padre se sobrepone á la sociedad y á la ley, y no debe callar; si ante la lamentable exigencia de su esposo es V. débil (y á una madre no es permitido serlo), por conservar la paz de un día, cerrará V. á su hijo las puertas del porvenir, y faltando á sus ojos la luz de la fé, le precipitará mañana en el abismo de la incredulidad. Juzgue V. por su espanto de hoy del que sentirá en día no lejano, cuando ese niño hecho hombre, olvidado de los preceptos de la sagrada religion, se agite entre las convulsiones del infortunio, sin que le detenga el freno del santo temor de Dios y sin acariciar el dulce ensueño de esperar las sublimes bienaventuranzas. Valor!...»

Ahí van las cartas, amigo Salazar, con la sana intencion de que un día y otro, sin trégua ni descanso, aprovechando la merecida influencia que en el profesorado alcanza su excelente periódico, levante V. de nuevo la voz contra esos establecimientos de enseñanza donde se niegan á iniciar á los niños en los grandes secretos de la religion, que no solo les abren las puertas del cielo, como dice muy bien esa desventurada madre, sino que les abren tambien las puertas de la sociedad, que ha de cerrarlas siempre á todo hombre que camine á ciegas por los senderos de la vida, llenos de precipicios, que solo enseña á salvarlos el conocimiento de las virtudes y las prácticas del bien, principios encerrados en las doctrinas del Salvador del mundo.

El árbol que crece sin que lo guie la mano experimentada, crecerá torcido y sus ramas se llenarán de fruto pernicioso; el Maestro cristiano llevará al niño por buen camino. De esos colegios saldrán hombres sábios, pero más perjudicial será su sabiduría, porque la imaginación, desarrollada en el cultivo de las ciencias, ha de ir más lejos en su desbordamiento. Las corrientes de la revolucion quieren destruirlo todo; pero por Dios! que respeten las creencias de nuestros abuelos, que nos inculcaron nuestros padres, y no traten de arrollarlas por seguir la influencia de la época, que no otra debe ser la causa de esos trastornos; la obra de diez y nueve siglos no se destruye por la voluntad de los hombres; el Cristianismo es imperecedero. El agua de un pozo, revuelta por el sacudimiento de un terremoto, saca á la superficie el cieno del fondo; pero el tiempo, que todo lo nivela, vuelve á hundirlo, y al fin se purifica el agua. Es preciso que esas ideas de libres creencias se hundan, y para ello debemos predicar con la fé del misionero; insista V. en combatir esa moda de suprimir la doctrina cristiana en la educacion de la infancia, y Dios y los padres agradecerán á V. el servicio.

Su apasionado amigo

TEODORO GUERRERO.

Madrid 25 de Octubre de 1874.

Hé aquí la contestacion inserta en el mismo periódico. Repetidas veces hemos defendido la enseñanza religiosa; y cuando atropelladamente se queria que desapareciese de las escuelas, nos esforzamos en combatir tan descabellados propósitos en una larga serie de artículos.

Nos encuentra, pues, nuestro amigo el Sr. Guerrero muy dispuestos á sostener en la educacion los buenos principios. Sin la enseñanza de la religion falta á la instruccion de la niñez su base firmísima, y cuando no hay cimientos, la más sólida construccion se derrumba al menor impulso.

Sin las creencias del cristianismo es la vida martirio insoportable, y el hombre un esclavo de sus pasiones, que ve concluir sus días entre las ruinas de sus propias obras; el Sr. Guerrero lo ha dicho en uno de los preciosos consejos de su libro *Lecciones de mundo*, joya para la instruccion de la niñez que rebosa amor á los niños, experiencia en los hombres, y una fé cristiana que da al alma un bienestar de consoladora paz. Dice así el Sr. Guerrero:

«La antorcha del cristianismo
Te presta luz y te ayuda;
Ten fé y valor; el que duda
Renegará de sí mismo.
La creencia es la verdad
Que en tu corazon se anida;
La religion es la vida
Alma de la sociedad.»

Damos, pues, gracias á nuestro amigo el Sr. Guerrero, apóstol de la familia, por sus cartas privadas, con cuya publicacion nos honramos hoy, y las recomendamos á nuestros lectores, que de seguro las verán con suma complacencia.

EMILIO RUIZ DE SALAZAR.

(De *El Magisterio español* de 30 de Octubre).

SI OYERAN LOS MUERTOS!...

Trémula una mujer rica y anciana
exhala triste su postrer aliento.

En torno del cadáver, aún caliente,
se revuelve un enjambre de herederos,
y tras fingida pena, todos lanzan
el suspiro de avaro satisfecho.

Temerosos tal vez de que á la vida
pueda volver, abrevian el entierro.

Donde ántes era todo luto y llanto,
solo se escuchan risas del infierno....

¡Qué pena, Dios mio,
si oyeran los muertos!

Sucumbió con su amor: una cruz blanca
refleja de la virgen los destellos.

Muy cerca del lugar donde reposa,
envuelta en el olvido y el desprecio,
el ingrato á quien ella idolatraba
le jura á otra mujer amor eterno;
y entre dulces halagos y caricias,
mancha sus labios con impuro beso.

Tal vez aquel sonido penetrante
dentro del ataúd encuentre un eco....

¡Qué pena, Dios mio,
si oyeran los muertos!

Un criminal espira en el cadalso;
lava su culpa y sirve de escarmiento.

Muchedumbre curiosa le rodea
y con mezcla de saña, gozo y miedo
comenta las maldades espantosas
que un día cometiera el triste reo.

En todo aquel lugar de luto y sangre
no se oye una palabra de consuelo.

—Fué una fiera; un cruel—dicen los unos,
y hay otros que maldicen su recuerdo....

¡Qué pena, Dios mio,
si oyeran los muertos!

¡Qué pena, si la voz de los que viven,
quebrando de la nada el denso velo,
perturbase la paz de los sepulcros
filtrándose en las sombras del misterio!

¡Qué dolor, si los ayes de este mundo
vibrasen en el misero esqueleto!

Entónces, para eterna desventura,
ni el de la muerte fuera dulce sueño.

Pero no, no es posible; tal martirio
lo podrá consentir el justo cielo!...

¡Dios mio, Dios mio,
que no oigan los muertos!

2 Noviembre 74.

JOSÉ JACKSON.

MEDITACION.

Hermanas del silencio, compañeras
de la tranquila noche y de la luna,
del espacio lumbreras,
decidme si es que el hombre en su fortuna

Ayuntamiento de Madrid

alcanza á visitar vuestras esferas;

Decidme si es un tránsito la muerte
que conduce á las sombras del olvido,
ó el sueño á los mortales concedido
para que el alma viva y se despierte.

¡Que si muere del hombre el pensamiento
como al rayar el día
la niebla disipada por el viento!
¿A qué en lucha incansable
y en esfuerzo inaudito
se lanza tras lo eterno y lo infinito
desde un mundo pequeño y miserable?
¿Para qué su mirada
se llena de dulcísimo consuelo
al contemplar la bóveda estrellada
y el claro azul del trasparente cielo?

No fenece el espíritu; su esencia
eterna, como el Dios de que es hechura,
tiene albedrío, libertad, conciencia,
y en alas de su hermosa inteligencia
volar consigue á la celeste altura.

Sigamos la virtud, y sin temores
contemplemos que el alma en su partida
trueca el valle de angustias y dolores
por la santa mansion de los amores;
eterna fuente de esperanza y vida.

ENRIQUE PRÍNCIPE Y SATORRES.

LA HUÉRFANA DEL PRADO.

EN EL ÁLBUM DE DOÑA ANGELA GRASSI.

Rojo boton, capullo de una rosa,
Venturoso crecía,
Y su madre de verlo, ruborosa
De placer sonreía.
Fragante y lisonjera acariciaba
El áura á la flor bella,
Sus perfumes la flor llevar dejaba,
Y su frescura le prestaba aquella;
Mas aquilon pasó, su golpe rudo
No pudo resistir la flor solana,
Y sus hojas el ábrego sañudo
Se llevó una mañana.
En tanto, místico su boton crecía
Vuelto de rojo en pálido, aunque amante
Febo le sonreía,
Nunca fecundo ya y vivificante.

¡Ay de la flor que crece sin abrigo,
A impulso de la brisa vagorosa,
Sin apoyo ni amigo!
Como el boton de la encarnada rosa!

Huérano era, y en su edad temprana
Nadie le cobijaba,
Nadie la frialdad de la mañana
Solicito, amoroso, le evitaba,
Y lánguidas sus hojas se esparcian,
Y mística su corola se inclinaba,
Y no se sonreían
A los besos que el áura les llevaba.
Y siempre así, porque al amor materno
Ningun amor reemplaza en este mundo,
Vivió como una flor en el invierno,
Sola y envuelta en su dolor profundo!

NICOLÁS DIAZ Y PEREZ.

SANTA TERESA DE JESUS.

Leyenda original de

MARÍA DEL PILAR SINUÉS DE MARCO.

(Continuación).

IV.

Teresa fué depositada al día siguiente en el convento de religiosas.

No pudo despedirse de Esperanza porque su padre lo impidió, haciéndola salir para Salamanca, acompañada de Doña Guiomar, quo quedó á su servicio.

La pobre Teresa que aun no habia cumplido quince años, fué poseida de una mortal tristeza: la soledad del claustro la agobiaba: el recuerdo de sus alegres paseos con Esperanza, de las conversaciones por las verjas del piso bajo con los más apuestos caballeros de la ciudad, que ella y su prima tenían á la luz de la luna en las plácidas horas de la noche, las serenatas junto á las rejas de su cuarto que á veces iban á sacarla de su sueño, todos estos dulces recuerdos la perseguían en el claustro, le robaban el reposo y le impedían orar.



5. Vestido con delantal y coraza.

6. Vestido con túnica cerrada.

7. Dolman Marenko bordado de azabache.
8. Vestido con túnica para niña.
9. Vestido con paletot ceñido.
10. Túnica-delantal y esclavina.
11. Vestido con chaqueta larga por delante. (Patron: pliego por el revés, núm. IV, figs. 38 á 42).
12. Vestido Duquesa con pout y túnica larga por delante.
13. Traje para niña.

Los patrones para estos modelos se hallan en el pliego que se reparte hoy á en pliegos anteriores.

Ayuntamiento de Madrid

Había en aquella comunidad una pureza de costumbres y de pensamientos, que no podía menos de ser un antídoto contra el veneno que guardaba el corazón de la joven pensionista: además, si era un mal para ella tener una alma tan entusiasta y apasionada, porque casi siempre era víctima de la vivacidad de sus impresiones, no era menos cierto que esto le servía para que se aficionase sin trabajo á las personas que la rodeaban.

Una joven religiosa, llamada Inés, se hizo muy pronto señora del corazón de Teresa: uniolas la más tierna amistad, y el llanto que la pensionista derramó en el seno de su amiga sirvió para aliviar sus penas.

—Mi querida Teresa, le decía algunas veces sor Inés: este asilo no es tan triste como os parece: yo lloraba en los primeros días de mi estancia en él, apesar de que solo me trajo aquí mi voluntad, y ahora no le cambiaría por el más espléndido palacio: lo mismo os sucederá á vos: no lo dudeis: día llegará en que sepais estimar su dulce paz, su tranquila quietud y el purísimo ambiente que en él se respira.

Teresa sacudía la cabeza con dolorosa incredulidad y se sonreía con amargura.

No obstante, poco á poco la melancolía ocupó el lugar de la desesperación: ya no buscaba Teresa la oscuridad de su celda para exhalar sus sollozos: complacíase en sentarse á la orilla de una fuente y allí dejaba correr lágrimas abundantes, pero mucho menos amargas de lo que ántes lo habían sido: las bellezas de la religión y de la naturaleza hablaban á su alma apasionada y naturalmente poética, y, al través de sus obras veía á Dios y su infinita bondad.

Una tarde de estío, y como cinco meses despues de hallarse Teresa en el convento, se hallaban ésta y su amiga paseando por la larga calle de tilos que formaba el centro del jardín.

El sol doraba con sus últimos rayos las copas más altas de los árboles: el ruiseñor cantaba entre los bosquecillos de lilas: la luna aparecía magestuosa en el límpido azul del cielo, y las ranas, las cigarras y las avecillas cantaban al día el himno de despedida.

Llenaban el ambiente los más suaves perfumes, y vienteillo leve y tibio traía el ruido de las campanas de un pueblo cercano que tocaba al ANGELUS.

—Qué bella tarde! exclamó sor Inés, deteniéndose en medio de su paseo. Teresa, no sentía que se dilata vuestro corazón?

—Sí, repuso la joven: me parece que respiro mejor, y que esta hermosa tarde aparta de mi alma las negras sombras de la tristeza que la envolvían.

—Qué tristeza no huye ánte este sublime espectáculo, exclamó Inés con entusiasmo: la mía resistió poco tiempo á esta santa paz, y al fin huyó para no volver.

—Luego también habéis sido desgraciada?

—Quién puede contar solo días de ventura en su vida? dijo la joven, yo he llorado también y más que vos: á los diez y seis años ya no esperaba nada del mundo, y volví al cielo mis ojos.

—Y de qué género han sido vuestras penas?

—Amaba y era amada; pero mis padres me separaron del hombre que supo hacerse dueño de mi corazón, porque era pobre: desesperado marchó á la guerra, y allí halló la muerte: el mundo quedaba desierto para mí y me retiré á llorarle.

—Y le habéis olvidado?

—Jamás! y que me importa? mi amor vive en el fondo de mi alma, es verdad, pero vive puro y sin mancha: la muerte le ha purificado de las sombras del egoísmo que le envolvían: amo, no á un muerto, sino á una alma que mora en el cielo y espera la mía.

—Vos, al menos, tenéis un objeto! murmuró Teresa! pero yo! bajo los ojos á la tierra, y nada encuentro en ella que me sea caro más que mi familia, que me aparta de su lado y me desdeña: los elevo al cielo y allí solo veo á Dios! pero no importa! esta palabra va llenando poco á poco mi alma de alegría! este santo y tranquilo albergue ahoga en mí el rugido de las pasiones: no, no seré yo quien suspire por amores terrenos, breves todos según creo y malogrados: yo he leído estos días con suma atención la vida de Jesús, que ya conocía desde niña, y he hallado en ella nuevas y sublimes bellezas que ántes no podía apreciar: yo también amo, sí, yo amo á Jesús! á Jesús, personificación de cuanto bello, grande y noble encierra el género humano! á Jesús, todo bondad, sabiduría y hermosura! á Jesús, que persuadía y no castigaba, que amaba á todos y por todos sufrió la muerte.

Hablando así, los ojos de Teresa lanzaban rayos de entusiasmo: á la palidez de sus mejillas había sucedido un color sonrosado: la vida volvía á circular por sus venas.

—Cuando yo era niña, prosiguió, recuerdo que rezaba delante de una imagen del crucificado y que oía dentro de mi alma su voz más dulce que el canto de los ruiseñores en el bosque vecino: tenía yo en el jardín de mi pa-

dre una celdilla de paja: de una piedra me había hecho un altar, y sobre él tenía una imagen de Jesús pendiente de la cruz por nuestro amor: algunas veces me levantaba de la cama y me iba allí á rezar: veía que el Señor se sonreía conmigo, y que le rodeaban rayos de luz: una noche le dije:

—Señor, yo quiero ser siempre vuestra!

—Sí, me respondió, tu serás Teresa de Jesús, y yo seré Jesús de Teresa.

—Dios mío! exclamó sor Inés: ¿y despues de estos divinos favores habéis podido pensar en otra cosa que en ser religiosa? aunque eso que me contaís sean solo ilusiones debe bastaros para ser dichosa aquí.

—Teneis razón, repuso la pensionista; ¿pero qué queréis? por otra parte recuerdo las bellezas del mundo, y las fiestas, y los banquetes, y los torneos que he hallado descritos en mis libros de caballería! yo adivino lo bello que será el tener hijos y esposo, y recuerdo la felicidad de que gozaba mi madre: ¿por qué he de renunciar voluntariamente á todo ántes de ver nada?

Hé aquí, amiga mía, el estado de mi ánimo: la razón me inclina al claustro: mi imaginación me hace desear el mundo; y en esta perpétua lucha pierdo el sueño y el apetito, y mi vida se gasta estérilmente cuando tan ricos frutos podía dar! Yo no se lo que siento: pero os aseguro, querida Inés, que algunas veces pienso que tengo fiebre y que mi vida no será de larga duración.

—Desechad esos tristes presentimientos, dijo la joven religiosa: Dios nos manda vivir y desea para nosotros la felicidad: ¿á qué amargar la existencia con tristezas infundadas? pensadlo bien ántes de tomar determinación alguna, Teresa; estadíais á vos misma: medita si seríais más feliz rodeada de los cuidados de la familia, que tienen también sus amarguras como todas las cosas de la vida, ó bajo los muros de esta santa casa, y cuando esteis segura de vuestra vocación, decidsele á vuestro padre: él es bueno, os ama, y no se negará á vuestras súplicas.

—Seguiré vuestro consejo, repuso la joven: meditaré durante un mes y decidiré.

A pesar de esta promesa, y de la seguridad que abrigaba la joven pensionista de poderla cumplir, pasaron los días, y las vacilaciones de su alma eran cada día mayores: las exhortaciones de las religiosas y el santo ejemplo que su vida ofrecía á Teresa, parecía como que la inclinaban á la vida monástica; pero á la sola idea de profesar, cuanto había en su naturaleza de mundano, de joven y alegre, se sublevaba, obligándola á apartar con horror su pensamiento de aquellas ideas de eterna soledad.

Teresa amaba el siglo y sus diversiones; amaba mucho más los placeres que soñaba que los que había gustado, y se decidió á ir á su padre que la sacase del convento.

No se negó D. Alfonso á esta demanda; pero dijo á Teresa que espírase algunos días, pues una impensada ocupación le impedía por entonces llenar las formalidades necesarias para realizarla.

Tras de aquella ocupación llegó luego un viaje, y despues otras mil excusas con las que procuraba D. Alfonso dilatar á toda costa el cumplimiento de los deseos de su hija.

No le faltaba razón al anciano para obrar de aquella suerte: conocía el carácter vehemente de Teresa, su horror á todo yugo; su volcánica imaginación y la viveza de sus impresiones: dotes todas funestas, tratándose de una joven hermosa, rica y que debía vivir con muy escasa sujeción teniendo en cuenta la edad y los achaques de su padre, y la índole blanda y tierna por demás de su hermana mayor.

—Dadle, Dios mío, la vocación religiosa que, á mi juicio, necesita para salvarse, y moriré contento! exclamaba en sus oraciones D. Alfonso.

Teresa, empero, no conseguía del cielo ni fortaleza ni serenidad de ánimo: luchaba sin cesar, y la lucha gastó sus fuerzas, postrándola al fin una enfermedad grave y dolorosa.

(Se continuará.)

POBRE MADRE!

BALADA.

I.

Aun es de noche.

La campana de la aldea agita su lengua de bronce dando al viento sus melancólicos sonidos.

Es la señal del alba.

Al toque de diana, y á la titia luz del matutino crepúsculo, se va reuniendo lentamente una partida de soldados en las calles de la aldea. Al verlos se comprende fácilmente que se disponen á marchar.

Entre ellos distingue un joven alto, bien formado, de tez morena y de semblante expresivo, cuya penetrante

mirada se fija con tristeza en una mujer todavía joven de cuyos bellos ojos se desprenden amargas lágrimas.

Esta mujer es su madre.

Va á verlo quizás por la última vez, y no quiere separarse de él sin darle ese último adiós! cuyo recuerdo es el único consuelo que á la infeliz le restará en su triste soledad.

II.

Pobre madre! Cuán dichosa se contemplaba cuando en una de esas tranquilas mañanas de la riente primavera, veía jugar al tierno niño en el prado y correr tras las pintadas mariposas.

Magdalena había perdido un esposo tierno que la adoraba; pero en medio de su desgracia se juzgaba feliz, porque el cielo le había concedido un hijo.

El bello rostro del niño le hacía recordar al hombre que tanto amó, y sus inocentes caricias eran para ella un bálsamo reparador que cicatrizaba las heridas de su corazón angustiado.

Como la mística flor que revive y abre sus pétalos al matinal rocío, así su decaído espíritu revivía y se entregaba á la dulce esperanza de un porvenir tranquilo.

Desgraciada! Aun le resta que apurar hasta las heces la amarga copa del dolor...

Una mañana llegó á la aldea un pequeño destacamento de tropa, que venía á reclutar soldados.

Al verlo palideció su rostro, sus piernas, temblorosas, no pudieron sostenerla y cayó de rodillas ante una imagen de la Virgen...

Su hijo había cumplido ya diez y ocho años, y el corazón la anunciaba que iba á quedarse sin él.

Infeliz! ¿Cuán pronto vió realizados sus tristes presentimientos!

III.

—Hijo mío, volverás?

Tu madre, agobiada por el dolor de tu ausencia, aun tendrá valor para esperarte... Pasaré las noches rezando ante la imagen de la Virgen... Nunca, hijo mío, se apartará de mi tu memoria, y el cielo me prestará valor para esperar tu vuelta...

Sí; porque yo necesito que tú vivas para volverte á ver, para aspirar á tu lado como en otro tiempo las perfumadas brisas de la primavera; para que un día seas el consuelo de mi vejez, y al fin pueda exhalar en tus brazos mi último suspiro...

—Tranquilizaos, madre mía!

—Ah! si no volviera á verte... si sucumbo al dolor de tu ausencia y tú aun vives, acuérdate, hijo mío, de depositar siquiera una pobre flor sobre mi tumba solitaria.

—Desechad, oh madre! tan lúgubres pensamientos.

—Hijo mío, adiós!

—Adios madre mía!

Y este triste adiós! unido á los sollozos de la madre, se confundió con el estruendo de los tambores, y con el de los pasos de la tropa que se alejaba.

IV.

Es ya de día.

Hace más de una hora que los soldados han desaparecido, y todavía la triste madre tiene fijos sus ojos en el camino.

El sol se eleva majestuoso en el sereno azul del firmamento, dando vida al campo con sus dorados rayos, pero ese sol luciente que alegra el corazón de los mortales, parece á los ojos de la madre afligida semejante á una antorcha funeraria.

Vedla vagar errante por la solitaria floresta...

Detiénese á orillas del cristalino arroyo que parece murmurar amores; pero el blando rumor de sus aguas no acariciaba ya sus ensueños de ventura.

Con tardo paso, triste y macilenta, recorre la pradera por mil flores esmaltada. Ay! aquellas hermosas flores no tienen ya para ella ni color ni vida.

Pobre madre!

Su frente se inclina como la flexible rama del sauce, y lágrimas del corazón se desprenden de sus ojos...

De pronto se detiene... sus fuerzas le faltan, y cae de rodillas exclamando:

—Hijo mío! Volveré á verte?

(Se continuará.)

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

EL CAPITAL DE LA VIRTUD.

NOVELA DE COSTUMBRES

por

ANGELA GRASSI

(Continuación.)

Con gran sorpresa suya, al terminar el corredor, se halló en un cuartito cuadrado, muy decente y hasta pintoresco, pues recibía la luz de una claraboya, practicada en el techo y cubierta de enredaderas, cuyas ramas formaban una bóveda sobre ella.

Segun Marta pudo juzgar, aquella claraboya daba al huertecillo contiguo á la choza.

No podia decirse de ningun modo que aquella estancia fuese una prision. La cama tenia dos colchones, y ostentaba una colcha de ramajes. Entre dos sillas de palma habia una mesa de pino pulimentada, y sobre ella un santo crucifijo. Al lado de la mesa cosia Susana. Estaba pálida y demacrada, pero su actitud era apacible y tranquila.

Marta habia soñado con una mazmorra lúgubre, quizás con cadenas, y quedó sorprendida al ver aquel sosegado cuadro.

Pero entonces la asaltó otro temor. Si Susana la reconocia estaba perdida!

Retrocedió vivamente diciendo:

—Basta; ya he cumplido!...

Con el movimiento que hizo dejó en descubierto á Rufina, que venia detras de ella.

Susana habia levantado la cabeza y la habia vuelto á inclinar sobre su labor con la mayor indiferencia al ver á Marta; pero así que divisó á su vieja carcelera, se levantó despavorida, corrió á refugiarse en el extremo del aposento y juntó las manos sobre el pecho en ademán suplicante.

—Estos locos siempre nos hacen quedar mal, refunfuñó la vieja, no parece sino que ha visto al bú. ¡Esto será porque no ha concluido la tarea! Ya se ve: una es pobre y necesita de su trabajo para mantenerla!

Marta comprendió que si la cárcel era decente, la carcelera debia ser dura é inflexible, pero no hizo ninguna observacion, internándose á toda prisa por el oscuro pasadizo, y no respirando libremente hasta que se halló en la estancia superior.

Entregó entonces las monedas á la vieja, que las encerró en un arcon tan viejo como ella, y para acabar de tranquilizarla, la dijo:

—Si va V. al pueblo iremos juntas.

No la desagradó la proposicion á Rufina, que se apresuró á cerrar la puerta y á coger del ronzal á la borriquilla.

Aunque Marta se habia ofrecido á ir en su compañía para disipar todas sus sospechas, no ignoraba el peligro á que se exponia con esta determinacion, y temblaba como la hoja en el árbol, temiendo encontrar á Gaspar y que todo quedase descubierto.

—Si sorprenden mi engaño en despoblado, me matan! pensaba la pobre jóven, con el pecho palpitante y la frente inundada de sudor.

Para colmo de infortunio, la borriquilla, cargada con exceso, caminaba con suma lentitud, prolongando de este modo su martirio.

Cada hombre que veia dibujarse á lo lejos entre los árboles le parecia Gaspar, y no cesaba de encomendarse á Dios mentalmente y á la Virgen bienhechora.

Dios y su bendita madre la protegieron en efecto.

Llegó sin entorpecimiento á las primeras casas del pueblo, despidiéndose de Rufina diciendo que iba en busca del arriero, dió un rodeo y volvió corriendo á la choza.

Habia sido tal la rapidez de su carrera, que tuvo que detenerse algunos momentos para tomar aliento. Despues rodeó el huerto, buscó el sitio por donde pudiese mejor escalar la tapia, consiguíolo con ayuda de algunas piedras, puestas las unas encima de las otras, y no sin rasgarse el vestido y hacerse profundas heridas en las manos, pudo al fin correr al sitio en donde creia que estaba la claraboya, y apartando la hojarasca ver á Susana que seguia cosiendo junto á la mesa.

No habia tiempo que perder.

El aspecto apacible de Susana la hacia esperar que su oculta habria desaparecido con el tiempo, y que entre las flores podrian concertar el modo de sacarla de su encierro.

La claraboya estaba defendida con una reja de hierro, y por allí era imposible la fuga.

—Dios me inspirará, se dijo á sí misma.

Tendióse junto á la claraboya y llamó con voz queda á Susana.

Susana levantó la cabeza, la miró con la misma indiferencia con que la habia visto aparecer en el umbral de la puerta, y volvió á ocuparse de su labor.

—Dios mío, qué haré para llamar su atencion? murmuró Marta angustiada.

Una repentina idea se ofreció á su imaginacion.

—Susana, dijo, ¿dónde tienes las violetas para adornar la cuna de tu hijo?

Susana dió un grito, arrojó lejos de sí la labor, arrastró la mesa hasta debajo de la claraboya, puso encima una silla, y se encaramó á lo alto.

Todo esto lo ejecutó en ménos tiempo del que se necesitaba para relatarlo.

—Dame á mi hijo, dámelo! dijo con acento plañidero, agitando las manos hácia Marta.

Puesta así, y si no lo hubiesen impedido los barrotes, ambas jóvenes hubieran podido tocarse.

—No le tengo aquí, dijo Marta; pero quizás buscándolas juntas podamos hallarlas. ¡Por él, Susana, por él, procura reunir tus ideas, procura refrenar tu imaginacion. ¡Dime quién eres, por qué estás aquí, por qué te persiguen?

—Quién soy? exclamó la loca, poniendo un dedo en su frente, como si tratase de fijar su pensamiento.

Y luego repuso con extremada volubilidad:

—Susana, Susana, Susana...

—Pero, ¿cuál es tu apellido, quiénes son tus padres? No tienes familia?... No tienes parientes!...

Susana se encogió de hombros y no respondió.

—Pero, por qué te persiguen? insistió Marta, perdiendo la paciencia.

—Ah, sí, por qué me persiguen! murmuró la loca con tono monótono, y apretando la cabeza entre sus manos, como si quisiera obligar á su mente á que discurriera.

Luego gritó con una expresion de terror inmenso:

—Porque no trabajo; porque no trabajo bastante. ¡Soy una niña? No sé!... Cuando no concluyo la labor me pega con un látigo y me deja sin comer...

—Rufina! Lo atestiguarás así cuando te pregunten?

La jóven la miró con aire estúpido, y se encogió de hombros otra vez diciendo:

—Rufina!... quién es Rufina!...

—Oh! murmuró Marta con desaliento, nada podré saber.

Hizo un nuevo y supremo esfuerzo, pasó los brazos al través de los barrotes, y amparándose de ambas manos de Susana, la dijo con voz suplicante:

—No has conocido á tu madre?... por Dios, si has conocido á tu madre, respóndeme en su nombre; en su nombre te conjuro á que me lo reveles todo...

Susana prorumpió en sollozos.

—Mi madre!... exclamó fuera de sí, mi pobre madre!

Calló algunos momentos, y luego repuso:

—Por qué me nombras á mi madre!... ¿por qué invocas su recuerdo?... ¿No sabes que la frente que ella cubrió de besos, está sellada con el sello de la infamia!...

La mirada ántes vaga é indecisa de la pobre loca, se habia iluminado repentinamente con los resplandores de la inteligencia.

El nombre bendito de su madre habia galvanizado su alma y su entendimiento, devolviéndola todo su vigor, toda su lucidez primitiva.

—He estado dormida acaso? se preguntó á sí misma en voz baja: he estado muerta? ¡Me parece que despierto ó que renazco! ¿Quién eres tú, añadió dirigiéndose á Marta: á qué vienes? ¡Por qué me hablas de mi madre!... ¿por qué reavivas los remordimientos que yacian dormidos en el fondo de mi alma?

Fui culpable y Dios me castigó! Sí; Dios me castigó!... Oye mi historia, mientras puedo relatarla, mientras mis ideas no se borran y confunden, como me sucede otras tantas veces...

Escúchame, y si tienes madre no la desobedeceas nunca! No la desobedeceas, sobre todo cuando te signifique su voluntad al borde de la tumba...

El cambio que habia sufrido Susana en todo su sér era verdaderamente asombroso.

Hablaba con aplomo, y parecia haber recobrado por entero la razon.

Marta, regocijada por aquel imprevisto milagro, no cesaba de dar gracias á la Providencia, que así secundaba su generoso esfuerzo.

—Crecí entre lágrimas... prosiguió Susana: no recuerdo más que lágrimas!... A veces no tenia ni un mendrugo de pan que llevar á mis labios!... A veces no tenia ropa con qué cubrir la desnudez de mis carnes... Y sin embargo, todos me decian en el pueblo que hubiera debido ser inmensamente rica... Despues nos trasladamos á una gran ciudad... muy grande y populosa... ¡Pero nuestro cuartito era muy estrecho!... ¡Muy triste y muy estrecho! No veíamos á nadie, no salíamos de casa más que para ir á misa á una cercana iglesia... Oh, qué dias tan largos! Qué vida tan melancólica y uniforme!...

Pero de repente todo cambió para mí... Un dia pasó por delante de mi ventana un hombre... ¡Qué hermoso era!... ¡Qué hermoso era el sol que le inundaba con sus rayos!... Pasó una vez, y dos, y ciento... Me miraba y suspiraba... Yo tambien le miraba y suspiraba! Un dia, en vez de suspirar me habló... Qué me dijo? Yo no lo sé! pero me pareció que el aire se llenaba de armonías y la tierra de fulgores!...

Mi madre tuvo miedo al verle siempre parado en la esquina de enfrente, al ver que siempre nos seguia cuando íbamos á la iglesia...

Confirmaban sus temores cartas misteriosas que recibia diariamente... Decíánla en ellas que el posesor de nuestra fortuna queria deshacerse de nosotros por cualquier medio que fuese... que 'desconfiásemos de tod y de todo... hasta de los alimentos que debian sustentarnos... Aquellas infames cartas no tenian firma ni fecha... Mi madre, asustada, mudó tres veces de casa en dis-

tintos barrios... Pero á todas partes á donde íbamos, aparecia él como atraído por un iman poderoso.

Ah! ¡podia tener un alma vil con su noble rostro, con su mirada leal y esplendorosa!...

Yo no lo creí: jamás quise creerlo!

A veces mi madre se arrodillaba á mis piés y me pedia con lágrimas en los ojos que dejase de mirarle... ¡Lo podia por ventura?... ¿Se puede dejar de mirar al sol y rechazar la brisa que baja á refrescar nuestros pulmones!...

Cuanto más esfuerzos hacia él por acercarse á nosotros, para hablar á mi madre, más empeño mostraba esta en huirle, en desairarle.

Es que aquellas pérdidas cortas no cesaban de llegar á sus manos, llenas de amenazas misteriosas...

Un dia mi madre me anunció que íbamos á volver al pueblo... En la tarde de aquel mismo dia tuvo [que quedarse en cama, rendida á un mal desconocido.

Hacia tiempo que no queria salir del cuarto ni tomar alimento, temiendo que estuviese envenenado...

A los pocos dias murió de inanición entre mis brazos. Pero ántes de morir me hizo jurar que volveria á nuestra Aldea, sin ver y sin oír al que era ya la vida de mi vida y el alma de mi alma!...

¡Oh, qué horribles, qué horribles horas aquellas en que arrodillada á los piés de su cama la veia tendida, blanca é inmóvil como una estatua de mármol!...

Luego se la llevaron... luego los vecinos, que habian acudido presurosos, abandonaron poco á poco la estancia... luego quedé sola... Ay de mí! de venturada de mí! Sola... sola... sola!...

Pero entonces un hombre llamó á la puerta de mi casa... Era él!...

(Se continuará).

Soluciones á las charadas insertas en el núm. 41 de EL CORREO, por las señoras Doña Concepcion Perlado, de Santiago; Doña Gumersinda Alvarez, de Burgos; Doña Carmen Santiponce, de Sevilla; Doña Julia Diaz Martinez, de Santander; Doña Restituta Marco, de Jaen; Doña Carolina Vives, de Barcelona; Doña Sebastiana Armero, de Málaga; Doña Dolores Garrido, viuda de Orozco, de Jaen, y los señores D. José Lopez y Ramajo, de Madrid; D. Severiano Sanchez, de Burgos, y D. Eleuterio Bris, de Zaragoza.

I. ATILA. II. PANTEON. III. RECAREDO. IV. ALFARO.

CHARADA.

Prima y cuarta es un defecto
Que en cierto grano se encuentra;
Pero con el mismo nombre
Otra cosa representa.
Que me asiste dos y cuarta
En lo que ya dicho queda,
Claramente se verá
Cuando ya el todo se sepa.
Con igual seguridad
(Porque en ello no hay falencia),
Diré que la tertia y cuarta
General servicio presta,
Lo mismo al pobre mendigo
Que al que agobian sus riquezas,
Pues allí van confundidas
La plebe con la nobleza.
El todo es un utensilio
Necesario en toda mesa
Donde abundan los manjares,
Lo mismo que las botellas,
De los esquisitos vinos
Que trastornan las cabezas,
Contra lo que la razon
Y buena higiene aconseja.

GERÓNIMO COUDER.

LOGOGRIFO.

Con once letras no más
Que este logogrifo tiene
Y es nombre propio, verás
Todo lo que en sí contiene.
Un instrumento de música,
Lo que en el mar suele haber,
Un adjetivo, un oficio,
Y lo que gusta comer,
Lo que se dice á los niños,
El nombre de una mujer,
De católicos un rezo,
Y un perseguidor cruel.
Un pájaro, una medida,
Lo que sale á la vejez,
Un árbol que allá en América
Con frecuencia puedes ver.
Composicion para música,
Lo que en la boca hay tambien,
Una máquina, un insecto,
Y adjetivo de mujer.
Lo que verás cuando llueve,
Un patriarca que años fué,
Figura de nigrománticos
Conque invocan á Luzbel.
Y en fin, otras varias cosas
Que creo inútil poner
Porque tu claro talento
Pronto te las hará ver.

ENCARNACION COUDER.

Madrid 14 de Setiembre.

ECONOMIA DOMESTICA.

Los tubos de los quinqués aparecen á veces con manchas que se forman fácilmente, sean de aceite, sea porque la llama es demasiado viva, y que no desaparecen lavándose. Para conseguirlo, se mojará un paño en agua tibia, y sobre ella se estenderá *esmeril* en polvo. Se frota el tubo y queda limpio, sin otro procedimiento.

La moda ha introducido el uso de los



14. Fichú de encaje. (Patron: pliego por el derecho, núm. VII, fig. 22).

muebles de laca, tales como sillas ligeras, veladores, etc. Cuando el fondo es negro, se enrojece con el tiempo, y para devolverle su primitivo color basta exponer el mueble á la helada en las noches de invierno, ó bien ponerlo sobre la nieve.

Para conservar en buen estado la plata, es preciso que así que se retira de la mesa se la sumerja en agua hirviendo, luego en agua tibia, y por último que se enjuague con agua fría, secándola enseguida con una franela.

Si tiene manchas que no se quitan con este procedimiento, en vez de frotarla como hacen algunos, se hace hervir en agua con ceniza, ó bien se la frota ligeramente con hollín disuelto en alcohol.

Para devolver á la plata todo su brillo, cuando está ya muy usada, se mezcla crémor tártaro, alumbre y blanco de España, todo en polvo, poniendo mitades iguales de los primeros ingredientes; pero solo una mitad de estas dosis de



19. Chaqueta sin mangas (coraza). (Patron: pliego por el derecho, núm. II, figs. 8 á 10).



16 y 17. Bata con pouf y tabla Wateau. (Patron: pliego por el derecho, núm. I, figs. 1 á 7a).



18. Bolsa para la labor.

alumbre. Se disuelve la mezcla en agua, luego se frota la plata con un cepillo mojado en ella, se enjuaga con agua clara, y se seca con un pedazo de piel.

Para limpiar las hojas de los cuchillos se emplea un tapon de corcho un poco húmedo y cal en polvo, que se extenderá sobre la hoja. Se frota con el corcho y se deja secar.

Los espejos se limpian con una esponja fina humedecida en agua que tenga alcohol, espíritu de vino ó aguardiente.

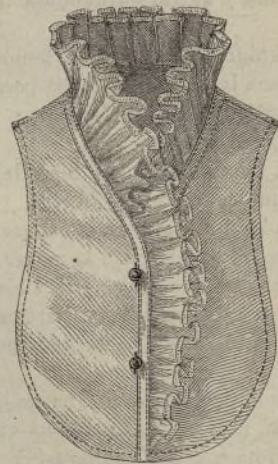
De antemano se habrá machacado y pasado por tamiz

añil, se mete un poco de este polvo en un pedazo de lienzo, haciendo una muñequilla, y se frota el espejo vivamente pero con ligereza, secándole despues con un pedazo de piel de zorro consagrada á este objeto.

(Se continuará).

Explicacion del Figurin 1146.

FIG. 1.^a—Elegante traje de mañana para señora.—Bata de cachemir florea.



15. Camisolin con gola y chorrera. (Patron: pliego por el derecho, núm. VI, figs. 20 y 21).

do, con dos volantes en el bajo, el último muy ancho y el segundo más estrecho, ámbos rizados. Un volante igual al primero figura manga perdida. Por delante la bata abre sobre una enagua adornada de encajes. Gola de muselina encañonada y cófia de lo mismo realzada con cinta rosa.

FIG. 2.^a—Traje para bebé.—Vestido largo de piqué blanco bordado y cinturón de largas caídas rosa. Se completa con una camiseta interior.

FIG. 3.^a—Traje para visitas.—Rico vestido de seda gris acero de dos tonos, el más claro á rayas. De este último es el triple delantal-túnica y el cuerpo, mientras que la falda, que por detras describe

larga cola, las mangas y los volantes rizados que constituyen todo el adorno del vestido, son de tela lisa y de tono oscuro.

Sombrero de terciopelo adornado con lazos y flores de otoño.



20. Manteleta con pluma. (Patron: pliego por el revés, núm. X, figs. 43 á 47a).

Las Sras. Suscriptoras á la 1.^a y 4.^a Edicion recibirán con este número el FIGURIN ILUMINADO y un pliego de patrones.

Administracion: Plaza de Prim, núm. 2.

Tip. de G. Estrada, C. de Fournier (4000 Yedra), 7.

Editor-propietario: Carlos Grassi.